

alegría y buen humor tranquilizó a Casio y a los otros, y muy luego, el senador Lenas besó la mano de César y se retiró.

«Cuando los senadores entraron en la sala de sesiones, rodearon los conjurados la silla de César, con pretexto de esperarlo para hablarle de algún asunto, y se dice que Casio, convirtiendo los ojos a la estatua de Pompeyo, lo invocó cual si pudiera oírlo. Trebonio detuvo a Antonio junto a la puerta y trabó con él largo coloquio para entreteñerlo y evitar que entrara en la sala.

»Cuando César entró, todos los senadores se pusieron de pie, y cuando se sentó, agrupándose los conjurados al rededor de él, hicieron avanzar a Tulio Cimber, recién nombrado gobernador de Bitinia, el cual le rogó fuera servido de levantar el destierro de su hermano. Los conjurados añadieron sus ruegos a los del interesado, y tomando la mano de César, le besaban la mano, el pecho y la cabeza. Al principio rechazó César instancia tan premiosa, y como continuaran apremiándolo, se levantó para apartarlos por fuerza. Entonces Tulio le arrancó la hombrera de la toga, y Casca, que estaba detrás, le dio la primera puñalada.

»La herida no era profunda, y César asiendo la mano del traidor, exclamó en latín: «¡Malvado Casca! ¿qué has hecho?» Casca llamó a su hermano en griego para que le ayudara, y los cobardes asesinos continuaron su obra. Herido por muchos puñales a la vez, miró César en torno de sí buscando con ansiedad quién lo defendiera; mas cuando vio que Bruto a quien tanto amaba y había favorecido, levantaba también sobre su cabeza el arma traidora, dejó la mano de Casca, que retenía aún bien asida, y cubriéndose la cabeza con la toga, entregó su cuerpo inerte al hierro de tantos asesinos.

»Como todos lo herían a la vez, precipitados y juntos al rededor de su víctima, muchos de ellos salieron también heridos. Bruto, que quiso tener parte en el asesinato, sacó la mano traspasada por el puñal de otro asesino; y todos salieron manchados de sangre (1).»

El héroe cayó a los pies de la estatua de Pompeyo.

V. - SIGNIFICACIÓN POLÍTICA DE CÉSAR.

César fué el hombre más completo que hubiera producido Roma, el hombre en quien se mostró el desenvolvimiento más armonioso de todas las facultades: orador de palabra enérgica y escritor sobrio sin ese falso brillo ó relumbrón de la elocuencia abogadesca (2); soldado intrépido desde el día en que fué necesario serlo, y general de los más famosos en cuanto apareció en los ejércitos. Su inteligencia, abierta siempre a las lecciones de la vida, no olvidaba ninguno de los consejos que da (3), y su pensamiento, siempre sereno en medio de las agitaciones más vivas, no estaba oscurecido ni por la cólera ni por la pasión (4). Así veía las cosas por su verdadero aspecto é iba derecho a lo posible, sin ir más allá de lo estrictamente necesario para que el resultado posible fuera un resultado cierto y

(1) De las veintitrés puñaladas, una sola era mortal (Suetonio, *Jul. Cesar*, 86). Nicolás de Damasco cuenta treinta y cinco heridas. Dos senadores, entre tantos, dos solamente, mostráronse en actitud de defender a la ilustre víctima, y bien merecen por esto que la historia conserve sus nombres: SABINO CALVISIO y CENSORINO.

(2) Cicerón dice del estilo de César: *Nudi omni ornatu orationis, tanquam veste detracta*; y M. Froude añade: *Like an undraped human figure perfect in all its lines as nature made it* (Cesar, p. 489).

(3) César decía que la experiencia es una gran maestra: *est rerum omnium magister usus* (Bell. civ. II, 8).

(4) *Moderate solebat irasci* (Séneca, de Ira, II, 23). «Jamás cedía a la cólera» (Dion, XXXVIII, 11).

seguro. Sus vicios no turbaban su alta y firme inteligencia, de modo que tuvo siempre imperio sobre sus sentidos y por lo mismo siempre el espíritu libre: jamás perjudicaron sus placeres sus negocios (5); ni sus victorias mismas, con ser tales y tantas, fueron parte a deslumbrar ni desvanecer su ánimo. Fundador de una monarquía militar, no dió el primer lugar al ejército; permaneció dueño de sus soldados, como de sí mismo, y solo, con su genio, dominando desde lo alto de su fortuna el mundo extendido a sus pies, no dejó subir a su cabeza ese humo embriagador de orgullo sobrehumano, que más de una vez ha oscurecido la inteligencia de hombres superiores.

Tuvo también, por otra parte, la mayor de las ventajas, a saber: las circunstancias favorables y la medianía de sus adversarios; pero encontró en sí mismo otra, no menos valiosa, el talento de trasformar en instrumentos útiles a sus proyectos hombres y cosas del momento. Como, en medio de los revoltosos, él solo tenía un designio determinado, su poderosa y tranquila voluntad hacía que todo se dirigiera a un objeto único, y lo conseguía. ¿Qué significa la sorprendente fidelidad de los galos durante la guerra civil, sino esa habilidad en apropiarse las fuerzas vivas, que es el don supremo del mando? Más de una vez hubo de violentar su fortuna: joven, con deudas monstruosas; después con temeridades militares. Pero sus audacias eran cálculo, y prudencia sus mismas temeridades, como quiera que teniendo todas las elegancias, y en su caso las austeridades todas y una energía indomable, ejercía en torno de sí irresistible ascendente, que le permitía exigirle todo de sus amigos, de sus soldados. Su ejército era su familia, y era amado de él hasta la heroica abnegación del sacrificio. Uno de sus centuriones que había caído en poder de los pompeyanos en Africa, se niega, amenazado de muerte, a servir en las filas enemigas. «Dame diez de mis camaradas, decía a Escipión, y envía contra nosotros quinientos de los tuyos y verás lo que hacemos con ellos.» Así, pudo contar César tantas victorias como batallas, y solamente dos reveses muy pronto y gloriosamente reparados.

Sobre sus mismos enemigos obraba también el encanto, porque se sirvió contra ellos de un arma nueva en Roma, de la clemencia, y le era tan natural esta alta virtud que se encuentra en sus escritos, en los cuales no hay una palabra ofensiva para sus adversarios.

La gloria del gran hombre, sacrificado por el puñal de Bruto, no se formó solamente de victorias militares y sabiduría política, sino también de bondad, de benevolencia. Entre dos regímenes de terror, uno que le había precedido y otro que le siguió, repudió las fieras costumbres de los romanos de entonces, guardándose de confiscar ni proscribir. Suetonio, que no tiene a César amor ni odio, termina su retrato con esta palabra: *lenissimus*, muy bondadoso.

Reinó cinco años, durante los cuales, hizo siete campañas y sólo residió en Roma quince meses. Pero entre dos batallas, su pensamiento se ocupaba en las reformas que Roma necesitaba: la simple enumeración de las que emprendió supondrían una larga vida de reposo y meditación.

Consagrado por sus tradiciones de familia a la defensa de los intereses populares, hubo de mirar más alto, a los intereses del Estado, sin odio a la aristocracia, sin bajezas para con el pueblo. La lucha en que lo empeñó la oligarquía ensanchó sus horizontes; vió que la salud de la república exigía algo más que aliviar la miseria de los plebeyos de Roma, como habían querido los Gracos, y que castigar

(5) Véase lo dicho en otro lugar sobre Cleopatra y la permanencia de César en Alejandría.

a los concusionarios de las provincias, como procuró hacerlo Sila; comprendió que de una constitución municipal como era la de Roma, era preciso hacer una constitución de Estado, y para esto, extender ampliamente el derecho de ciudadanía, trasformar el senado en una representación de todo el imperio y poner a los gobernadores bajo la mano de un jefe permanente, interesado en hacer reinar la justicia, para que reinara la paz.

Los romanos tuvieron un admirable consejo de gobierno en el antiguo senado republicano, pero sólo tuvieron dos grandes hombres de Estado: Sila y César, que reconocieron los dos que la asamblea popular era incapaz de regir los intereses de sesenta millones de hombres. El uno, obrero del pasado, constituyó un gobierno aristocrático, que si hubiera durado, habría sido en la antigüedad lo que hubiera venido a ser Venecia en la edad media sin el consejo de los Diez ni los tres inquisidores de Estado, cuya suspicaz vigilancia contuvo a la nobleza del libro de oro; el otro, obrero del porvenir, derribó una oligarquía dada al lucro y al placer, que no tenía ni el derecho de gobernar sola, ni la inteligencia necesaria para conservar este gobierno.

Las mismas palabras suelen designar cosas muy diferentes. La república de los romanos no tiene nada que ver con lo que nosotros designamos con ese mismo nombre. Por república entienden los modernos una sociedad en que el ciudadano tiene la mayor suma de libertad y el gobierno el menor poder posible. En Roma, el ciudadano era siervo del Estado, y la palabra más enérgica de la lengua latina, *imperium*, designaba la extensión del poder ejecutivo. Ni aun en sus comicios, votaba la asamblea soberana, sino sobre las proposiciones de los magistrados que la presidían; y todavía estos presidentes podían detener los sufragios en medio del escrutinio.

La idea de la libertad política era tan extraña al espíritu de los romanos que jamás tuvieron su imagen figurada (1). Entre las innumerables estatuas que nos dejaron, en vano

(1) A lo menos, yo la he buscado inútilmente. Cierta que Clodio, el hombre de todas las violencias, hizo de la estatua de una cortesana la diosa de la Libertad, *ut esset indicium oppressi senatus ad memoriam sempiternam turpitudinis* (V. Cic. *pro Domo*, 43); que César le prometió un templo y que se ve su imagen en medallas de Claudio, de Nerón y de Cómodo y su nombre en inscripciones de Tiberio y Constantino. A fines de la primera guerra púnica se erigió un templo en el Aventino, *Jovi Libertati*. Cuando Graco emancipó a los ocho mil esclavos que se habían batido por Roma contra Aníbal, hizo pintar la escena en este templo (Tito Livio XXIV, 16; XXXIV, 44). En el *Atrium Libertatis* que se elevaba donde estuvo más tarde la Basílica Ulpiana (?) se emancipaban los esclavos (Sid. Apoll. *Epig.* 2); sacábanse por suerte las tribus urbanas en que los libertos habían de votar (Ibid. XLV, 15), y allí se interrogó a los esclavos que declararon en la causa de Milón (*Pro Mil.* 22). En fin, ese santuario de la Libertad servía de prisión: los rehenes tarentinos fueron encerrados allí (Tito Livio XXV, 7). Asinio Polión puso a su biblioteca un nombre merecido, *Atrium Libertatis*, el lugar en que el espíritu se emancipa por la sabiduría de los antiguos, y Augusto reedificó el templo de *Jupiter Libertas*, que había librado a la república de sus males. Después de la derrota de los pompeyanos en Munda, que inauguraba la monarquía, el senado consagró también un templo a la Libertad. Un día, sin embargo, tuvo esta diosa una estatua en Roma. A la muerte de Seyano, decretaron los senadores que se erigiera en el Foro *Ελευθερίας ἀγαλμα* (Dion, LVIII, 12).

Esta enumeración hace comprender que por la palabra *Libertas* entendían los romanos otra cosa distinta de lo que entendemos nosotros: era la remisión de una condición social inferior, del capricho de un amo y de la arbitrariedad, á que un príncipe absoluto podía renunciar sin mengua de su autoridad y poder; era para los ciudadanos la esperanza de vivir en paz al amparo de la ley, cualquiera que fuese la autoridad de quien la hiciera, y no la expresión de un conjunto de instituciones que les asegurara la libertad política y la participación en el gobierno. *Quid est libertas?* escribe Cicerón (*Parad.* V, 1). *Potestas vivendi ut velis*. En cuanto a la palabra *republica*, significa el Estado y no un régimen de libertad y de igualdad: así se usaba en el imperio

se buscaría una que la representara. De todo hicieron ellos un dios, menos de lo que hubiera sido entre nosotros la más popular de las divinidades, si tuviéramos diosas todavía. El debate entre el senado y César no versaba sobre esta cuestión; tratábase simplemente de decidir si sesenta millones de hombres habían de tener un solo señor ó trescientos. Bruto mató a César, porque quería ser uno de estos trescientos, y salvar la oligarquía era lo que él llamaba la virtud.

Un detenido estudio de las trasformaciones de la sociedad romana ha disminuído la autoridad de la leyenda, sin



La Clemencia (2)

destruirla, empero; de suerte que César tiene todavía enemigos. A los ojos de la historia, si fué el mayor de los ambiciosos, fué también el más hábil instrumento de una necesidad histórica. Fundó la unidad del mando con que se hicieron solidarios los intereses del jefe del Estado y los de las poblaciones sustraídas a la rapaz explotación de cien familias. Creó pues una monarquía de un carácter nuevo entre los antiguos, que en vez de ser, como las monarquías orientales, un reinado ocioso y negligente, dado sólo a los goce del placer á costa de los súbditos, fué en su princi-

como la divisa ó lema S. P. Q. R., *Senatus populusque Romanus*. La cabeza de la Libertad grabada en una moneda de L. Palicano, recordaba una libertad particular, el derecho de hablar al pueblo, devuelto á los tribunos por la ley Pompeya; y la de la moneda de Servilio Isáurico es un recuerdo de los numerosos cautivos puestos en libertad por el vencedor de los piratas.

(2) Estatua del Vaticano (*Braccio Nuovo*, n.º 74).

pio, y á menudo en los hechos, un reinado protector del mayor número, pensando y obrando por los que no podían obrar ni pensar.

El fondo del poder imperial en Roma fué el poder tribunicio, y á pesar de las locuras y los crímenes de los Calígulas, de los Nerones y los Cómodos, los emperadores dignos de este título fueron verdaderos tribunos del pueblo, preocupados sin duda de su grandeza personal, pero también de los intereses generales del imperio, creyendo más en el mérito que en el linaje, borrando las duras y depresivas distinciones establecidas por la república entre los ciudadanos y los provinciales, suavizando la ley, introduciendo en ella á cada generación más humanidad, aun para el esclavo, y llegando hasta concebir la grande institución alimentaria de Trajano; en una palabra, haciendo una buena política social, sin hacer demagogia.

Ahora bien, á César debe este carácter humano la monarquía imperial, que lo legó á las monarquías modernas, en que el príncipe se considera, no ya como un hijo del cielo, sino como el primero de los servidores del país. Augusto, Vespasiano, los Antoninos, Severo, Aureliano, Probo, hasta Tiberio, Claudio y Domiciano serán grandes ó hábi-

les administradores, á quienes millones de hombres deberán, por espacio de más de dos siglos, una prosperidad, que antes de ellos, jamás había conocido el mundo.

Los filósofos habían entrevisto este gobierno, los pueblos lo deseaban y los jurisconsultos formularon su teoría. Tácito, en tiempo de Nerva, saludó su advenimiento, que hubiera debido saludar antes, y los Antoninos lo realizaron.

Era una forma de gobierno imperfecta, como quiera que no se encontraba en ella ninguna garantía contra la ineptitud ó locura del príncipe; pero siempre valía más que la que reemplazaba, con valer menos que una organización en que la persona real, libre para el bien, no lo fuera para el mal. Por desgracia la humanidad es muy pobre de ideas políticas y tarda mucho en pasar de la una á la otra: diez y ocho siglos ha necesitado para llegar de los gobiernos absolutos á los representativos. Un hombre superior puede adelantar la hora de las grandes reformas. César, cuyo genio tenía como los diamantes múltiples facetas, luces, aptitudes, no tuvo esta, ó le faltó tiempo para mostrarla. Queda al fundador del cesarismo una gloria aun asaz bella: si hubiera vivido más, habría sido Trajano ó Adriano, pero más grande que los dos.

CAPÍTULO LIX

DESDE LA MUERTE DE CÉSAR HASTA LA FORMACION DEL SEGUNDO TRIUNVIRATO (44-43)

I.—LOS FUNERALES DE CÉSAR (MARZO 44).

«En los momentos de sorpresa que siguen á un hecho inopinado, dice Montesquieu, es fácil hacer todo lo que la audacia quiera.» Pero los conjurados, escribe Cicerón, «hombres por el corazón, no eran sino niños por la cabeza.» Habían formado un plan para la conjuración, y no lo habían formado para sostenerla. Bien es verdad que aunque lo hubieran tenido, no habría cambiado el curso de los acontecimientos. Los crímenes políticos pierden las causas, á cuyo

servicio se ponen: Bruto y sus cómplices acababan de asesinar la república ó á lo menos lo que quedaba de ella.



Moneda de Bruto (1)

Cuando, consumada la obra de la liberación, quisieron los asesinos arengar al senado, poseídos de es-

panto los senadores habían desaparecido: ellos mismos, en vez de gritos de victoria y libertad, permanecieron taciturnos, indecisos, como asombrados de lo que habían hecho. Estaban solos en la curia con la víctima inmolada y se estrechaban unos contra otros como criminales. Nadie les amenaza y se preparan á la defensa; se rodean las togas al brazo izquierdo y tienen los puñales apretados contra el pecho. Por fin se atreven á salir y cruzan el foro, haciendo llevar delante de ellos un gorro de liberto; enseñan sus hierros homicidas manchados aun de sangre, gritan que el tirano ha muerto y la multitud permanece muda.

(1) BRUT. IMP. L. PLAET. CEST. Cabeza descubierta de Bruto. Reverso, EID. MAR. (idus de marzo). Gorro entre dos puñales. Moneda de plata de Bruto.

Rechazados por la indiferencia del pueblo, los libertadores de Roma se ven obligados á buscar asilo y corren al Capitolio, ocupado ya por los gladiadores de D. Bruto. Pero en el atrio del templo pudieron reconocer el sitio en que cayera Tiberio Graco, por una causa mejor, á manos de otros nobles. Él también había llamado al pueblo á la libertad y el pueblo no lo comprendía ya. ¿Responderá hoy al llamamiento de algunos nobles, que en interés de una casta condenada acababan de cometer un parricidio?

Antonio, Lépido y demás amigos de César, se habían ocultado creyendo racionalmente que los conjurados tendrían fuerzas considerables y dispuestas. Este miedo de los cesaristas alentó á algunos senadores y Cinna, Léntulo Espinter, Favonio, subieron al Capitolio. A la caída de la tarde subió también Cicerón, quejándose de que no se le hubiera invitado al alegre festín de los idus (2). La muerte de César había hecho renacer sus ilusiones, entregábase de nuevo á la esperanza y mostró una actividad y decisión que no se le suponían ya. Propuso que luego al punto se reuniera el senado en el Capitolio, pues siendo pretores Bruto y Casio podían legalmente convocarlo. Juzgaba que obrando con prontitud y energía, en medio de los dos partidos acobardados, podrían los senadores hacerse dueños de la situación. Bruto, por su parte, vacilaba y quiso probar otra vez á arrastrar al pueblo, con cuyo objeto el día siguiente, 16 de marzo, bajó al Foro.

(2) A lo menos así lo escribía después á Trebonio... *quam vellem ad illas pulcherrimas epulas me idibus Martii invitasses! reliquiarum nihil haberemus* (ad Fam. X, 28; XII, 4). Pero lo hubiera querido más completo: *Quemquam (Antonium) praefero oportuisse tangi* (ad Att. XV, 11). De Off. II, 8, 27; III, 6, 21. Por lo que un moderado como Cicerón se atrevía á decir, júzguese lo que podían hacer y hubieran hecho los demás, si desde el primer día no hubieran encontrado resistencia en los cesaristas y en el pueblo.

Su discurso, grave y mesurado, fué oído en silencio; pero habiendo tomado luego la palabra el pretor Cornelio Cinna pariente del dictador y atacado á César, estalló la multitud en gritos y amenazas, y amedrentados los asesinos, volvíronse á buen paso á la fortaleza, que defendían sus gladiadores y otros perdidos del populacho, á quienes habían podido conquistar los conjurados.

Con estas indecisiones aprovechaban el tiempo los amigos de César. Lépido, su maestro de caballería, había sublevado á los veteranos acampados en la isla del Tíber y aun los introdujo en la ciudad; Antonio había hecho que Calpurnia le entregara los papeles y los ahorros de César, 4,000 talentos, y metido también la mano en el tesoro público sacando 700 millones de sestericios, que hizo llevar á su casa. Acercando á estos dos jefes el peligro común, se unieron estrechamente, menos por vengar la muerte de su valedor, que por sacar partido de las circunstancias. Antonio casó á su hija con un hijo de Lépido y prometió á éste el pontificado máximo que dejó César vacante y la conservación de sus dos provincias, la Narbonense y la España Citerior.

Los conjurados tenían consigo á un cónsul designado, á Dolabela, el cual propuso que los idus de marzo se celebraran en adelante como el día del renacimiento de la república; grandes personajes se pasaban al campo de los asesinos y Décimo Bruto mandaba numerosas tropas en su gobierno de la Cisalpina de donde podía llamarlas.

Los cesaristas no tenían más que la legión de Lépido y algunos veteranos, sin saber de fijo si podían contar con el pueblo de Roma. La situación exigía mucha prudencia y Antonio, á quien sólo se conocía como un bravo soldado, reveló en esta ocasión una habilidad superior, engañando á todo el mundo. A pesar de Cicerón, los asesinos entraron en negociaciones con él, y se convino en que reuniera el senado el día siguiente, 17 de marzo, en virtud de sus facultades de cónsul.

Antonio lo convocó, en efecto, pero lejos del Capitolio, en el templo de Telo y lleno el Foro de soldados. Los asesinos no se atrevieron á asistir á esta sesión; pero el pueblo acudió en masa gritando á Antonio que se guardara: el cónsul se levantó la toga y enseñó la coraza.

La discusión fué tempestuosa. El senado quería declarar á César tirano y mandar que se arrojara al Tíber su cadáver. Antonio representó que esto sería condenar sus actos; y como todos los nombramientos se habían hecho por cinco años, magistraturas de Roma, gobiernos de provincia, mandos de ejército, eran muchos, á comenzar por los asesinos, los que estaban interesados en el sostenimiento de tales disposiciones para que prosperara la proposición, que en efecto fué desechada (1).

Para contentarlos á todos, pidió Cicerón la consagración de los derechos adquiridos, el olvido de lo pasado y una amnistía. En su virtud se aprobó este senadoconsulto:

«No se intentará acción criminal por la muerte de César, y se ratifican todos los actos de su gobierno, en bien de la república.»

Los asesinos insistieron mucho para que se añadiera al decreto la última frase: el bien de la república era el pase que servía para justificar para ellos la conservación de los beneficios de la víctima.

Los ciudadanos que habían obtenido de César asignacio-

(1) Uno de los más animados en contra de la proposición fué Dolabela, que á pesar de sus veintiseis años era cónsul designado y hubiera tenido que esperar quince años para obtener el mismo cargo, si la proposición hubiera pasado. Y muchos tenían razones análogas (Apiano, Bell. civ. II, 129). Se tienen dudas sobre la edad de Dolabela, que debía tener más de 26 años.

nes de tierras reclamaron á su vez la consagración de sus derechos, y otro senadoconsulto les dió satisfacción. ¡Extraño espectáculo! Se había dado muerte al tirano y todos querían que se conservaran los actos de la tiranía... *en interés de la república.*

La amnistía era consecuencia natural de este acuerdo: se concedió y nadie pensó en los resultados que había tenido la de César. El día siguiente se reunió el pueblo en el Foro: Cicerón volvió á hablar de paz y de unión, y su voz, que había encontrado otra vez su antigua eficacia, parecía granjearse todas las voluntades y ganar todos los corazones. El pueblo invitó á los conjurados á bajar del Capitolio; Lépido y Antonio les enviaron sus hijos en rehenes, y cuando los dos jefes de la conjuración llegaron al Foro, fueron recibidos con aplausos. Los dos cónsules se abrazaron (2); Casio fué á comer á casa de Antonio y Bruto á la mesa de Lépido: la reconciliación era general y el bueno de Cice-



M. J. Bruto (3)

rón triunfaba. Pero su vista política fué siempre corta y soñaba un idilio en medio de lobos rabiosos.

En efecto, no todo estaba dicho, y bajo las apariencias de una amistad oficial, cada uno hacía sus cuentas y reservaba sus fieras pasiones. Puesto que César no era un tirano, puesto que se mantenían todos sus actos, no se podían confiscar sus bienes tampoco, su testamento era válido y era preciso hacerle honores fúnebres. L. Pisón, su cuñado, leyó al pueblo sus últimas voluntades. Adoptaba por hijo á su sobrino Octavio, y á falta de este jóven, dejaba la mayor parte de sus bienes á Décimo Bruto, uno de los asesinos. En el caso de que Calpurnia le hubiera dado un hijo, le nombraba por tutores á muchos de los asesinos, y á otros dejaba considerables legados. Estos beneficios de la víctima á los asesinos iban despertando y enardeciendo la indignación y cólera del pueblo; y cuando Pisón añadió que el dictador dejaba al pueblo su palacio y sus jardines allende el Tíber, y á cada ciudadano trescientos sestericios, rugió en el seno de la multitud el amago de una tempestad de enojos, contenida sin embargo por el blando afecto de una piadosa gratitud (4).

(2) Dolabela, cónsul designado para el año siguiente, había reemplazado á César, como colega de Antonio.

(3) De una piedra grabada (cornalina de 14 milímetros por 11) del gabinete de Francia, n.º 2972.

(4) En este testamento en que se nombraba á tantas personas, no se mienta á Cleopatra ni á Cesarión, á quien ella hacía pasar por hijo de César y muy probablemente lo era. Esta omisión prueba la falsedad